

www.elboomeran.com

Justo Navarro

Gran Granada



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Ilustración: © Joaquín Chacopino Fabré

Primera edición: mayo 2015

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© Justo Navarro, 2015

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2015

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-9795-1

Depósito Legal: B. 8397-2015

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

Todo, real o inventado, aparece como hecho, personaje o lugar de la imaginación.

1

Una remota ciudad de tres ríos, en el sur del hemisferio norte, sufrió una inundación el 16 de febrero de 1963. Era sábado. La ciudad se llamaba Granada. El domingo, a mediodía, las limpiadoras de un hotel encontraron muerto en la cama al huésped de la habitación 201. El Hotel Nevada Palace acababa de celebrar un baile por el sexto aniversario de su apertura. Ofrecía los más modernos servicios, cafetería, restaurante, sala de fiestas y cocktail bar, pero la desgracia de la 201 fue el primer asesinato cometido en una de sus doscientas cincuenta habitaciones.

No se había conocido en aquel siglo un día más lluvioso, veinte horas de lluvia hasta las siete de la tarde: 500.000 litros de agua por segundo, dijo la prensa.

El viernes 15 de febrero el oculista Federico Saura había recibido en su consulta de la calle Ganivet, frente al Hotel Nevada Palace, a un señor que se presentó a última hora para graduarse la vista. No era un hombre gordo: era glo-

boso. Parecía pesar menos de lo que prometía su volumen y, a punto de elevarse de la silla hinchado de aire, levantaba la cabeza y aspiraba más aire. Boqueaba, pero no se movía, no cerraba los ojos. Cuando el oculista le preguntó su nombre, el paciente le dio una tarjeta de visita: Fidel Ferrando Sola, abogado, con domicilio en Benidorm, Alicante y Madrid. El oculista copió los datos en la ficha médica.

—¿Edad?

—Tengo una habitación en el Nevada Palace. Somos vecinos.

La voz era ronca, y Saura temió que el paciente no fuera un paciente, sino alguien enviado por el propietario de uno de los pisos de la entreplanta, donde, en el techo que servía de suelo a la consulta del oculista, había aparecido una mancha de humedad con la forma de Groenlandia, motivo de quejas y posibles pleitos. Dos albañiles y un fontanero habían comprobado que el escape de agua no procedía del piso superior, pero el propietario de la entreplanta, Zafra, un ingeniero de Montes que vivía en Madrid, se negó a aceptar el dictamen de los profesionales, alegando que sólo eran empleados de la parte que le estaba arruinando la propiedad.

—¿No ve bien?

—Me gustaría ver más claras algunas cosas —respondió el abogado.

—¿Algunas cosas? ¿Quién le ha recomendado mi consulta?

—Un amigo que quiere comprar la casa que tiene usted en la orilla izquierda del río.

Acabó la frase, abrió más la boca y los ojos de globo, y el oculista siguió a la escucha como quien oye las campanadas de un reloj, cuenta las horas dadas y al final de todas se queda esperando la última, que no llegará nunca. Ferrando pronunciaba roída la erre, esa letra que un perro irritado pronuncia mejor que los hombres.

—¿Ferrando es usted o su amigo? ¿A cuál de los dos tengo que graduarle la vista?

—Jabón o hilo verde, ¿qué más da? Todo es para la ropa —dijo como una adivinanza el visitante, que no quería graduarse la vista, sino ofrecerle al médico una cantidad ridícula de dinero por una casa a orillas del río Genil. La oferta de compraventa fue rechazada por el oculista, que no pensaba vender la antigua propiedad familiar ni siquiera por una cantidad que multiplicara por treinta el dinero que ofrecía el desconocido.

Al día siguiente el río se desbordó, inundó la casa y derribó una pared. Parecía hacerse realidad uno de los males que el desconocido sugirió como posibles en caso de que no fuera aceptada su proposición: el hundimiento de la casa a orillas del río.

A primeras horas de la mañana del sábado el aluvión empujaba árboles descuajados y arrastraba cabras, perros, mulos, sillas, un armario, incluso un simio vestido de mujer. No paraba la lluvia. Las autoridades cerraron el acceso a los puentes entre el paseo de los Basilio y los paseos del Salón y de la Bomba. El diluvio cortó el suministro de agua potable. Se inundaban las huertas. Empezaron a ser evacuadas las casas. Ramas, troncos, la greña de los matorrales, escoria y carroña superaron el primer puente y cegaron los ojos del segundo, que, a las dos de la tarde, saltó convertido en una maraña de hierros. Llovía. Las aguas rebosaron el cauce del río y anegaron glorietas y jardines. Una multitud acudió a ver el paso rojo y virulento de la crecida. Arrasó dos atracciones de feria que invernaban a orillas del río Genil, y coches de choque, focas y caballos de carrusel navegaron perdidos por el paseo de San Sebastián. Un caballo se estrelló contra

el muro de una casa, derribándolo. Se movilizó al ejército. Se fue la luz. Los bomberos nunca volvían a sus cuarteles. El juez de instrucción levantó dos cadáveres en una cueva del Sacromonte, hundida por la tormenta. El mismo juez, muy cansado, acudió al día siguiente a la habitación 201 del Hotel Nevada Palace.

Estaba cansado el juez, pero, maniático del deber cumplido y a pesar de que sabía que no había nada que investigar, sólo las causas médicas de una muerte repentina, hizo comparecer en la habitación 201 a las camareras que, cuando fueron a limpiar, a las once poco más o menos, según precisaron, habían descubierto el cadáver del señor Ferrando Sola. Los policías, el fotógrafo, el forense y el secretario del juzgado sabían que el levantamiento del cadáver era un trámite —especialmente molesto en domingo— que ya podía estar ventilado, pero conocían los caprichos del juez, quien por lo que se veía disfrutaba del ambiente del Hotel Nevada Palace y de la compañía del director del establecimiento, un individuo solemne y vestido de un gris funeral, como si se considerara, en razón de su cargo, deudo del huésped difunto.

Llegaron las dos mujeres, menos asustadas por el muerto que por los funcionarios, y evitaron mirar el cadáver, o mirarlo a la cara. Parecían sentir culpa, vergüenza, veneración o respeto, o quizá sólo fuera miedo o repulsión de los ojos entrecerrados y la boca abierta y seca. Olía a orina.

—¿La habitación está como la encontraron ustedes?— preguntó el juez.

—Nosotras no hemos tocado nada.

—Nada.

—¿La almohada estaba en ese sillón?

—Sí.

–No –dijo la otra limpiadora–. Estaba al lado de la cama, en el suelo.

Y se echó a llorar, como si de repente se hubiera visto implicada en un caso de asesinato y acabara de delatarse y de delatar a su compañera.

–Ponga usted la almohada donde la encontró hace tres horas –mandó el juez.

La mujer, sin dejar de llorar, la cogió con dos manos como si tomara a un recién nacido, dio tres pasos y se quedó parada delante del forense. Parecía pedirle que se hiciera cargo de la criatura.

–¿Qué pasa? –preguntó el juez.

–Estaba ahí –dijo la mujer, señalando los zapatos llenos de barro seco del forense, que se apartó.

La mujer dejó la almohada en la alfombra y miró al juez, muy rubio. Concentrado en la almohada, se le veían las venas azules de la sien.

–Pueden irse –dijo el juez a las camareras, y miró el reloj.

Tenía hambre. Eran más de las dos. A pesar del cansancio y el mal tiempo, quería ir al fútbol, o su mujer quería que fueran al fútbol, que empezaba a las cuatro, pero le costaba salir de la habitación y de su olor a urea. El difunto era un caballero, y había elegido para morir un hotel caro, sin ruidos. El juez miró otra vez los dos teléfonos, sobre la mesita de noche y sobre el escritorio, la puerta abierta del baño, la cartera de piel del abogado Ferrando Sola, la radio tocadiscos, las maderas oscuras y los tejidos verdes, y se repitió que no había nada más que ver allí. No tengo nada más que ver, dijo en voz alta. O no quiero ver más, pensó sin decirlo.

Era joven. Aún no había tenido tiempo de equivocarse demasiado en el ejercicio de su autoridad, pero pronto no

sabría si las cortinas y las tapicerías de la habitación 201 eran verdes o granate: en la memoria confundía los dos colores, y quizá lo recordó porque vio desde la puerta del Hotel Nevada Palace el edificio donde estaba la consulta de su oftalmólogo.

—A los periódicos, ni una palabra. Repito: no quiero ni una línea en los periódicos. Una muerte natural no es noticia —dijo el juez antes de subirse al coche que lo devolvería a su despacho.

—¿Hacemos la autopsia?

—Lo normal.

—¿Lo normal? —preguntó el forense, pero el chófer ya había cerrado la puerta del Seat 1400 negro.

El forense volvió al hotel. Pidió las almohadas, los almohadones, la ropa de cama de la habitación 201.

2

Habían querido comprarle otras veces la casa del río, la propiedad que la muerte accidental de sus padres le regaló, pero nunca le habían hecho una oferta tan ridícula ni una amenaza tan clara contra su vida íntima y pública. Recibirá noticias mías, le avisó el falso paciente, Ferrando, o como se llamara, y le dio tres días de plazo para decidir una respuesta afirmativa a la operación de compraventa.

En caso de que se negara a vender, podía tener la absoluta seguridad de que era un hombre acabado, social y profesionalmente, uno de esos de los que es inevitable hablar mal en todas partes. A su paso se baja la voz o se les insulta en voz alta. El trato con el tal Ferrando parecía inevitable.